

# Medio siglo de poesía latinoamericana en una antología

ROY BARTHOLOMEW\*

---

El Fondo de Cultura Económica de México acaba de publicar, en la colección Tierra Firme, *Antología de la poesía hispanoamericana*, selección, prólogo y notas del crítico y poeta colombiano Juan Gustavo Cobo Borda, actual agregado cultural de su país en el nuestro. El prólogo está datado en Buenos Aires, agosto de 1984.

El tema es la poesía de los últimos cincuenta años en la América hispánica, el área mayor de la lengua española y de la mayoría de los hispanohablantes. Quedan representados doce países, se incluye a sesenta y siete poetas, se reproducen casi trescientos cincuenta poemas. Dentro de la esencial unidad del idioma se aprecian matices nacionales y regionales, que con el paso del tiempo, los medios de comunicación y la concentración urbana se van atenuando. En diez lustros hay experiencias comunes, actitudes estéticas, sociales, políticas que vienen y van. La idea, más atendida que el canto, corre desde el acoso existencial hasta el humor corrosivo, pero predomina la poesía pura o de exclusiva intención poética. En el vasto panorama, que supone mar de lecturas, una de las primeras impresiones es que la unidad se destaca por sobre la diversidad, muy rica por cierto.

## Recorriendo países y poetas

Se incluye a poetas nacidos entre 1910 y 1939: van desde los setenta y cinco a los cuarenta y cinco, con una producción que abar-

\* Investigador argentino, escritor, crítico literario, profesor universitario.

ca las cinco décadas corridas desde 1935. Medio siglo inmediatamente posterior al medio siglo que registró la memorable antología de Federico de Onís en 1934. Varias selecciones se publicaron desde entonces, algunas excelentes; la de Cobo Borda pone en quinientas páginas el panorama más completo. Para todo lector hay sorpresas y hallazgos; los menos familiarizados descubren un acervo de gran riqueza, poesía hispanoamericana de tomo y lomo. (También lo fue la modernista; algunos críticos parecen ir descubriendo que el modernismo fue un fenómeno esencialmente americano, pero eso ya lo razonó Alfonso Reyes hace más de sesenta años, él mismo representante del posmodernismo o segunda etapa de esa renovación poética encabezada por Darío, el gran libertador, a la que hay quien considera el romanticismo original de que carecimos).

México figura con trece poetas: José Carlos Becerra, Rubén Bonifaz Nuño, Francisco Cervantes, Alí Chumacero, Jaime García Terrés, Efraín Huerta, Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Jaime Sabines, Gabriel Zaid, Tomás Segovia (nacido en España). La Argentina figura con nueve: Juan Gelman, Alberto Girri, Roberto Juárez, Francisco Madariaga, Enrique Molina, Olga Orozco, Alejandra Pizarnik, Alfredo Veiravé, Saúl Yurkievich. Colombia figura con ocho: José Manuel Arango, Eduardo Carranza, Fernando Charry Lara, Jorge Gaitán Duran, Jaime Jaramillo Escobar, Alvaro Mutis, Giovanni Quessep, Mario Rivero. Cuba, con ocho: Gastón Baquero, Eliseo Diego, Roberto Fernández Retamar, Fina García Marrus, Fayad Jamís, José Lezama Lima, Herberto Padilla, Cintio Vitier. Venezuela, con siete: Rafael Cadenas, Vicente Gerbasi, Juan Liscano, Eugenio Montejo, Ramón Palomares, Juan Sánchez Peláez, Guillermo Sucre. Chile, con seis: Braulio Arenas, Enrique Gómez Correa, Oscar Hahn, Enrique Lihn, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas. También Perú figura con seis: Carlos Germán Belí, Jorge Eduardo Eielson, Sebastián Salazar Bondy, Javier Sologuren, Blanca Varela, Emilio Adolfo Westphalen. Nicaragua figura con cinco: Ernesto Cardenal, Pablo Antonio Cuadra, Carlos Martínez Riva, Ernesto Mejía Sánchez, Joaquín Pasos. Uruguay dos: Idea Vilarriño, Ida Vitale. César Dávila Andrade representa a Ecuador, Roque Dalton a El Salvador y Jaime Sáenz a Bolivia. Quedan sin representación Guatemala, Honduras, Costa Rica, Panamá, la República Dominicana, Puerto Rico, Paraguay. Los poetas se suceden cronológicamente y en la parte correspondiente se dan las fechas de nacimiento y muerte y la bibliografía: no hay datos biográficos, tampoco

en el prólogo; la intención es hacer un panorama de la poesía, no de los poetas. Lamentablemente, falta al pie de cada poema la mención del libro al que pertenece: ésta conviene, no sólo por un orden general, sino para ubicar al poema dentro de la producción del autor; algunos llevan cinco décadas de publicar libros. El número de poemas que se reproducen de cada autor —desde uno hasta diez— no significa preeminencia: José Manuel Arango, único que figura con diez poemas, ocupa cuatro páginas; Octavio Paz, que figura con tres, ocupa veintisiete (es el poeta al que se concede mayor espacio), Gastón Baquero, del que se da un sólo poema, ocupa diez. Son muchos los poemas extensos.

Algunos de los sesenta y siete han muerto: Eduardo Carranza (1913 - 1985), Jorge Gaitán Durán (1924 - 1962), José Lezama Lima (1910 - 1976), José Carlos Becerra (1936 - 1970), Efraín Huerta (1914 - 1982), Sebastián Salazar Bondy (1924 - 1965), Ernesto Mejía Sánchez (1924 - 1985), Joaquín Pasos (1914 - 1947), Roque Dalton (1935 - 1975), César Dávila Andrade (1918 - 1967), Alejandra Pizarnik (1936 - 1972). El de más edad es Enrique Molina: nació en 1910. Esta fecha límite impide que entre otros grandes poetas, se incluya a dos, uno vivo, otro muerto, que llenan vastamente el último medio siglo: Borges (1899 - 1986), el "otro libertador" según Cobo Borda, y Pavlo Neruda (1904 - 1973).

### La poesía, esa gran relegada

¿Cuántos de estos nombres conoce el lector?. ¿Con la obra de cuántos de ellos está familiarizado?. Salvo algunas cumbres, las tiradas son reducidas, los libros de poemas son los que menos cruzan las fronteras, no abundan los que llegan a cubrir el espacio razonable del propio país. La reticencia a consumir poesía, innegable en nuestra América, se debería, según opinión que corre como moneda de buen cuño, a la creciente tendencia al hermetismo, a la falta de apoyo en recursos mnemotécnicos (medida, rima), a la proliferación de poetas tan fríamente inmersos en sí mismos que a medida que se los va leyendo se los va olvidando. La explicación no es tan sencilla. En todo caso, los poemas reunidos no la justifican ni admiten. El material es de alto nivel y en general su ingreso en nuestra inteligencia y estima es inmediato. ¡Piense el lector en la suma que se le ofrece en un volumen!. La poesía de nuestra América está injustamente relegada con respecto a la novelesca de los últimos años. Es poesía de valor universal.

Ninguno de los poetas congregados está de más. En cuanto a los que faltan, o puede que falten, depende del gusto de cada uno o del refunfuno de los excluidos. La tarea de Cobo Borda tiene validez docente, destinada a larga vigencia.

En cuarenta y cinco páginas el prólogo analiza los orígenes, fuentes y desarrollo, los vasos comunicantes, las afinidades que se dan de una punta a otra del territorio, los matices y propósitos, universalidad, neorrománticos, invencionistas, surrealistas, etc. No hay vacilaciones ni digresiones, el criterio es sereno y firme, la condición de americano de nuestra época —serlo y parecerlo—, indispensable para el ingreso. Noble defensa de la poesía, de una poesía en movimiento, como supo definir Octavio Paz. También el poeta es testigo, un testigo capaz de registrar claves oscuras de la realidad y lo inmediato, con rescates sin límite.

Cobo Borda aprecia tres direcciones principales: la reacción crítica, la superación por el camino de la poesía pura, la negación radical de la poesía modernista. “La poesía —dijo T. S. Eliot en *El bosque sagrado*— no es un derrame, sino un escape de la emoción; no es la expresión de la personalidad, sino un escape de la personalidad. Sólo los que tienen personalidad y emoción saben lo que significa escapar de ellas”. Por su parte, Edmund Wilson sostuvo en *El castillo de Axel*: “La historia literaria de nuestro tiempo es, en gran parte, la del desarrollo del simbolismo y de su fusión o conflicto con el naturalismo”. Y Paul Valéry pensaba que el poema es un problema intelectual que hay que resolver (“retomando, para renovarles las queridas tradiciones de nuestra memoria”). Cobo Borda destaca estos entronques conceptuales ampliamente válidos, que no se contradicen.

Hacia 1935, cuando comenzó la actividad creadora de los primeros poetas aquí antologados, cabía suponer que ya no quedaban en nuestra América cisnes a quienes torcer el cuello de engañoso plumaje. Los había, los siguió habiendo, los hay. No tienen cabida en esta antología.

En cuanto a las sorpresas y hallazgos que el deterioro ahora cartografiado depara, confieso una personal (no es la única): Giovanni Quessep, el colombiano nacido en 1959, último de los incluidos. El poema que cierra el libro se titula, significativamente, “Alguien se salva por escuchar al ruiseñor”:

*Digamos que una tarde  
El ruiseñor cantó  
Sobre esta piedra  
Porque al tocarla  
El tiempo no nos hiere  
No todo estuvo olvidado  
Algo nos queda  
Entre las ruinas pienso  
Que nunca será polvo  
Quien vio su vuelo  
O escuchó su canto.*

“Mutatis mutandi”, esta delicada miniatura podría figurar en la antología griega. Los dioses sonríen. La poesía, palabra en el tiempo.